

PUNTOS DE SUSCRICION.

VALENCIA. — En la imprenta de Monfort, plaza del Temple, en las librerías de Luis Vicent y Casiano Mariana.

PROVINCIAS. — En las principales librerías, ó remitiendo, franca de porte, una libranza sobre correos, á favor de la Redaccion del FENIX.

EL FENIX,

SEMANARIO VALENCIANO

DE LITERATURA, ARTES, HISTORIA, TEATROS, ETC.

PRECIOS.

EN VALENCIA.

Un mes. 4 rs.
Seis idem. 20

EN LAS PROVINCIAS.

Un mes, franco de porte 5 rs.
Seis idem. 26

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Publicacion de Novelas escogidas.

Deseosa la redaccion del *Fenix* de dar una prueba de aprecio á sus favorecedores, y convencidos de que la *Novela* es el género de amena literatura que mas prosélitos cuenta en el presente siglo, ha determinado proceder á verificar una publicacion de esta especie, independiente de la que verifica en el periódico, con tal baratura, esmero y acertada eleccion que sobrepuje á cuantas de ellas se verifican en España y en el extranjero.

Los señores aficionados á esta clase de lectura obtendrán por muy módico precio tomos con abundante material, sin tener que sufrir el retraso que forzosamente experimentan con las publicaciones de esta clase, que van unidas al cuerpo de un periódico, pudiendo en muy poco tiempo reunir una biblioteca de las novelas mas célebres que salgan en el extranjero.

Sabido es, y la experiencia lo tiene demostrado, que las ofertas del *Fenix* se ven siempre realizadas aun mas allá de lo prometido, y en la publicacion que anuncia tiene el íntimo convencimiento de que los deseos de sus favorecedores quedarán satisfechos completamente.

Las bases de esta publicacion son las siguientes:

1.^a Los dias 1.^o y 15 de cada mes un tomo de 200 páginas en 16.^o francés, de magnífico papel y esmerado gusto tipográfico.

2.^a Los tomos irán ya encuadernados con una cubierta de elegante papel de color, en que se imprimirá el título de la novela.

3.^a Los tomos serán llevados á casa de los señores suscritores.

4.^a El dia 1.^o del próximo Enero saldrá el primer tomo.

5.^a La redaccion del *Fenix* tiene pedidas á París y Bruselas las mejores y mas recientes novelas de Dumas, Soulié, Sue, Paul de Cook y demás célebres romancistas, y tiene preparadas para entrar en prensa las siguientes, que tanta sensacion y aplauso han ocasionado en Europa: *El Caballero de Harmental*, de Dumas. — *La Diligencia*, de Ricard. — *Una querida de Luis XIII.* — *Amoury*, de Dumas. — *El Caballero de san Jorge*, de Roger de Beauvoir. — *El Verdugo de Berna*, de Fenimore Cooper, y otras.

La primera novela que se repartirá será *El Caballero de Harmental*; y la segunda *La Diligencia*, dividida en las partes siguientes: *La Imperiala*, *La Berlina*, *El Interior*, *La Rotonda*.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN VALENCIA.

Para los suscritores del *Fenix*, cada tomo. 4 rs.
Para los que no lo sean y se suscriban antes del 20 del actual, id. 4 rs.
Para los que lo verifiquen despues de esta fecha. 5 rs.

EN LAS PROVINCIAS.

Para los suscritores del *Fenix*, franco de porte. 5 rs.
Para los que no lo sean y se suscriban antes del 20 del actual, id. 5 rs.
Para los que lo verifiquen despues de esta fecha. 6 rs.

Se suscribe en Valencia en la imprenta de Monfort y librerías de Luis Vicent y Casiano Mariana, y en las provincias remitiendo una libranza, franca de porte, al Director del *Fenix*, con el importe adelantado del tomo ó tomos que quieran obtenerse.

NOTA. En Valencia no se pagará nada adelantado: al recibir el tomo se satisfará su importe y siempre estará la cuenta clara.

OTRA. Atendida la mucha baratura de esta publicacion, necesitamos poder calcular acerca del número de ejemplares que han de imprimirse, por cuya razon rogamos á los señores que gusten suscribirse lo verifiquen para el dia 20 de este mes.

Las novelas sueltas se espenderán á razon de 10 rs. vn. cada tomo.

RECUERDOS DE VALENCIA.

Fundacion del Monasterio de la Zaidia.



MPOSESADO el invicto rey D. Jaime de esta ciudad en 28 de Setiembre de 1238, conforme á las capitulaciones hechas con Zaen, su último rey, al tiempo de rendirla, de que les seria permitido á sus vasallos que quisiesen irse el sacar las armas y todos sus bienes en los veinte dias siguientes, antes de que cumpliese el plazo estuvieron ya los moros en órden y se dirigieron á Cullera en número de unos 50.000 entre hombres y mugeres: la desolacion de los innumerables que partian, al dar la última mirada á tan hermosa patria, y la dolorosa separacion de los pocos que quedaban, llegó á afectar el corazon del mismo rey conquistador y de sus ricos-homes.

Con la emigracion de tantas familias habia quedado desierta esta vega y pueblos de la misma, por lo que dispuso el monarca que D. Asalido de Gudal y D. Gimén Perez de Tarazona, procediesen á su reparto entre los caballeros que habian contribuido á la conquista, lo que motivó el establecimiento de muchos de ellos en esta ciudad; tales fueron el príncipe Berenguer de Entenza, á quien cupo la baronía de Chiva; Diego Crespi, á quien se agradó con el lugar de Sumacárcel; Juan Caro, con el de Mogente; Pedro Artés, con el de Ortells; Jaime Zapata de Calatayud, con el de Sella; Lope de Esparza, con el de Benafer; Hugo de Fenollet, con el de Genovés; Alfonso Garces, con el de Mascarell; Jaime Montagut, con el de Tous y Carlet; Sancho de Pina, con el de Benido-leig; Bernardo Vilarig, con los de Cirat, el Tormo y Villafrankeza; Juan Valseca, con el de Parsent; Pedro Valeriola, con el de Beniferri, y así de otros muchos hasta el número de 380 caballeros que seria difuso el enumerar, pertenecientes todos ellos á las casas mas nobles de Aragon y Cataluña, todos jóvenes impacientes y fogosos por la nombradía y los combates, y ganosos de adquirir las riquezas que los mismos les proporcionaban, y á quienes se llamó desde entonces caballeros de conquista.

A Doña Teresa Gil de Vidaura, señora muy principal aragonesa que habia seguido al rey con el carácter de esposa suya, la cupieron los mas ricos heredamientos que solicitó para D. Jaime de Exerica, hijo que habia habido del mismo en fe y palabra de matrimonio, y entre otras donaciones la hizo la de una casa de placer ó baños con estensos jardines, que habia pertenecido, segun se asegura, á una dama mora llamada Zaidia, que algunos hacen hermana de Zaen, hija de Modet y nieta del rey Lobo: hallábase situada en uno de los parages mas amenos de esta vega, junto á la orilla izquierda del rio Turia ó Guadalaviar, y al lado de la acequia de Rascaña, por cuyo motivo se llamaba aquel territorio arrabal de san Guillem y de Rascaña. Contentóle tanto á Doña Teresa que hizo de ella su ordinaria morada, y para ello, si bien le habia cabido en el primer reparto al arzobispo de Narbona, el rey mudó de parecer y le dió otro feudo en recompensa, pasándole en absoluto dominio á Doña Teresa, aunque esta donacion no se realizó sino mucho despues estando en Lérida á 13 de Agosto de 1260.

Los continuos disgustos que recibia esta señora, ya de los infantes D. Pedro y D. Jaime, hijos del rey y de su segunda consorte la difunta Doña Violante, y por los deslices de aquel con varias damas de la corte, contribuyeron á su retraimiento de ella: en el año de 1275 logró se declarase la validez de su matrimonio, y en el siguiente de 1276 á 26 de Julio murió el monarca, declarando en su testamento, otorgado en Mompeller á 26 de Agosto de 1272, por hijos legítimos á los príncipes D. Jaime y D. Pedro, que habia tenido de la misma. Ya entonces fue absoluta la reolucion de aquella señora; transformó la casa de placer en un magnífico monasterio de la órden del Cister, tituléndole de *Gratia Dei*, nombre que tanto convenia alegóricamente al estado de su corazon, tomó el velo y permaneció en él hasta su muerte, que ocurrió en 15 de Julio de 1285. Habian casado sus hijos D. Jaime, señor de Exerica, y D. Pedro, señor de Ayerve; el primero con Doña Elfa Perez de Azagra, y el segundo con Doña Aldonza de Cervera: amábalos extrañablemente, y como conocedora de las discordias y peligros de la corte del nuevo monarca, mayormente despues de la desgraciada muerte de Fernán Sanchez, otro hijo que el rey habia tenido en Doña Leonor de Antillon, señora de la casa de Castro, no hallaba sosiego sino cuando los tenia juntos á sí, lo que realizó labrándoles habitaciones en el sitio llamado el Realet, junto al convento.

Poseia el monasterio pingües rentas, los diezmos de la acequia de Rascaña, y las religiosas disfrutaban del privilegio de salir de él hasta la orilla del mar, pero sin poder entrar en poblado, del cual gozaron hasta mediados del siglo XVI en que se redujeron á completa clausura por peticion de sí mismas.

La venerable fundadora, en el testamento que otorgó ante sí en 1280, y en que se titula viuda de D. Jaime Ilustrísimo, rey de Aragón, lo eligió para entierro suyo y de su familia, dispuso se labrase una capilla dedicada á san Salvador, contigua á la iglesia principal, la dotó en dos capellanías para que celebrasen diaria y perpétuamente por el alma del rey, la suya, la de sus padres y de sus hijos, asignando para todo ello mil morabatines de oro (1). Efectivamente, se le dió sepultura á la mano izquierda de dicho altar, despues de haber ganado en vida, como dice el juicioso historiador Zurita, concepto de santa, por sus esmeradas virtudes, y confirmandolo con encontrarse hoy día su cuerpo entero al cabo de 659 años, con solo la falta de un brazo que le fue robado para reliquia, y entonces dispuso la abadesa se cerrase el sepulcro con una reja que permitiese verla pero no tocarla. Los príncipes y sus esposas fueron depositados en la misma capilla; pero demolido el monasterio por órden del gobierno en 1809, para precaver el que las tropas francesas se posesionasen de un edificio tan fuerte y colocado en una posicion tan ventajosa, las religiosas se llevaron consigo el cuerpo de su querida reina y fundadora y los de sus hijos, sin abandonarlos jamás en su peregrinacion, hasta que labrado el nuevo monasterio en el mismo sitio que el antiguo, los colocaron, el de la reina en el salon que les sirve de coro á la derecha del piso bajo de la iglesia actual, desde la que puede verse, y los de sus hijos y nueras, en unas cajas ó armarios, á la parte interior del locutorio. El monasterio y huerto, construidos por el distinguido arquitecto valenciano D. Joaquin Tomás, forman un cuadrado de poca elevacion, pero muy sólido, de mas de 84 varas laterales, cuya cuarta parte la ocupan su pequeña y linda iglesia y las habitaciones para las religiosas, y el resto el mencionado huerto, en el que hay varias casitas con un pedacito de terreno anexo á cada una, en que aquellas se dedican al cultivo de flores y frutos, segun sus aficiones; hallándose el resto destinado á frutas y verduras para el consumo de la comunidad: esto es lo único que la resta de los grandes bienes con que la enriquecieron la reina fundadora y otras señoras que fueron religiosas en el mismo.

J. M.º Z.

EL MINUETE DEL BUEN.

CRÓNICA ALEMANA.

La reputacion de Haydn era ya general en toda Europa en el año de 1770. Este gran compositor, padre de la sinfonia, que hasta esta época era casi desconocida en Francia, acababa de recibir el bautismo de la celebridad de París, donde gracias al celo de su discípulo querido Ignacio Pleyel, se habia egecutado en el concierto de los aficionados una de las bellas composiciones del maestro aleman. La modesta casa que poseia en uno de los arrabales de la capital de Austria, era el centro de reunion de todos los hombres ilustres del imperio: en ella se reunian los grandes señores de la corte, que deseaban pasar por aficionados á la música, y mas de una vez encontraron tambien consejos y socorros, dispensados con la bondad y generosidad que formaban el fondo del carácter de José Haydn, artistas pobres venidos de lejanas tierras. Hijo además de padres que habian debido muy poco á la fortuna, podia decir como el gran Corneille:

A mí solo me debo toda mi fama.

Y cuánta amenidad mostraba al mismo tiempo en sus relaciones con los artistas! Pero tenia tambien un alma noble, y á pesar de su trato diario con la mas alta aristocracia alemana, jamás se le vió desmentir su carácter de hombre y de artista, para convertirse en vil adulador.

Una sola cosa le faltaba para ser completamente dichoso, que era la dulce tranquilidad que proporciona en el trato doméstico una union acertada. Casado muy jóven con una muger que habia elegido mas bien por su belleza física, que por sus cualidades morales, arrastraba hacia treinta años una pesada cadena; nunca sin embargo se le oyó una sola queja, y á pesar de las muchas ocasiones que tuvo de remediar todas las amarguras de su matrimonio, siempre se mantuvo fiel á la muger que llevaba su nombre. Antes que á la criatura amaba al arte; y tal vez á este desgraciado matrimonio debe la patria de Haydn los modelos que dejó escritos para la posteridad.

Es cosa digna de observarse, que á casi todos los hombres de ingenio superior ha tratado mal el himeneo; y si pretendiéramos ostentar erudicion, citaríamos entre los antiguos á Sócrates, como egemplo de maridos desgraciados; y entre los modernos tendríamos tantos que presentar, que temeríamos fuese el cuadro demasiado sombrío. ¿Y cuál seria éste verdaderamente, si añadiésemos tantos contemporáneos como gimen abrumados con el peso de unos hierros que les ha impuesto un himeneo, las mas veces mal reflexionado? ¿No es un desconsuelo para la moral, no tener mas que nombres de queridas que citar, cuando se quieren nombrar las mugeres que embellecieron la borrascosa y brillante vida de los grandes artistas antiguos ó modernos?

Pero Haydn era demasiado virtuoso, demasiado sencillo, demasiado patriarcal, para que ni aun le ocurriera poner entre su muger y él la distancia que permite amarse tanto mas, cuanto es menor la frecuencia de verse; y era tal la fuerza de la costumbre, que lloró como un niño el día que tuvo que separarse de ella para ir á recoger en Londres una abundante cosecha de guineas y de gloria. De vuelta á Viena encontró á su muger como la habia dejado en su casa, es decir, áspera, melancólica, difícil de contentar, y tan mezquina y tacaña como siempre, lo cual se hacia tanto mas chocante, cuanto que su fortuna se habia redondeado con este viaje. Privado, pues, de la felicidad habitual, que el pobre artesano suele disfrutar mas que el hombre rico ó el artista de mérito, olvidaba una noche el tormentoso día que le habia hecho pasar el intratable carácter de su muger, cuando su criado le anunció que un hombre deseaba hablarle para un negocio urgente. «Que entre, le dijo Haydn poniendo sobre la mesa el poema de la Creacion, que le acababa de enviar el baron de Van Swieten.

— Perdonad... escusadme... dijo un hombre muy gordo, que entró con un bolsillo en la mano lleno de florines y vestido de boyero. Teneis fama

señor en toda la Austria, y fuera de ella, de ser el mas gran compositor de minuetes que se conoce: y como pasado mañana caso á mi hija, vengo á suplicaros que me hagais uno para el baile de boda.

— Pero amigo mio, contestó Haydn, me poneis en un grande apuro, yo no he compuesto nunca minuetes como el que me pedis, los trozos de música de esta clase que he compuesto no pueden servir para bailar; además de que son mas científicos que divertidos, y están mas bien destinados para los artistas.

— ¡Tanto mejor! repuso el tratante en bueyes, eso es precisamente lo que quiero: mi yerno futuro toca perfectamente el clarinete, y mi hija el clave, y bien conoceréis señor Haydn que vuestra magnífica música no la enviareis para sordos. Además, ¿por qué lo he de ocultar? yo, aunque boyero de oficio, tengo tanto orgullo como el emperador: el día de la consagracion de José II, nuestro buen soberano, oí vuestra soberbia misa, y dije para mí: ¡He ahí un compositor que hará el minuet de la boda de mi hija, ó dejaré de llamarme Hermann de Rorhau!

— ¡De Rorhau! exclamó Haydn; ¿con que segun eso sereis de ese pueblecito de Hungría?

— ¡Sin duda! ¿y por qué lo decís?

— ¡Yo nací allí, y hace cuarenta años que no lo veo!... Dadme un abrazo, amigo mío, mi querido paisano... Y corrieron sus lágrimas de ternura, porque abrazando á Hermann creyó abrazar á todos los que habia amado en su infancia, cuando pobre y desgraciado iba á cantar en el coro de su pueblo, para ganar con su voz tan pura como la de los ángeles, un pedazo de pan para su madre.

— ¡Con qué sois de Rorhau! repitió otra vez Haydn respirando con alegría, sentaos, sentaos y hablemos de la tierra... de la tierra que se ama siempre, por mas que se haya sufrido en ella!... Hermann estaba muy conmovido, y no se atrevia á sentarse en el gabinete de su célebre compatriota; sin embargo, se repuso un poco, y despues de haber hablado de la patria lejana, y de la satisfaccion de volverla á ver pronto, se despidió de Haydn, prometiéndole éste formalmente que le enviaria la partitura del minuet tan deseado.

Haydn, tan sensible como un niño, estaba todavía conmovido con la visita que acababa de recibir, y se disponia á dar principio á su minuet epitalámico, cuando al dirigirse á su clave, aquel amigo fiel y armonioso, aquel confidente de sus penas secretas ó de sus goces artísticos, encontró la bolsa que traia Hermann en la mano cuando entró en el gabinete, con un papel en que estaban escritas con lápiz estas palabras: *Hermann, boyero, calle de san Estévan, al compositor mas grande de Alemania.* Inspiróle esto suma gratitud, llamó á su criado y le mandó que llevara aquel dinero y un rollo de música á casa de su compatriota, y en seguida, quedándose solo, escribió el famoso minuet tan deseado por el agraciado y honrado Hermann.

Jamás se habia sentido Haydn tan bien inspirado, ni aun cuando escribia para los reyes, como al trasladar al papel las ideas musicales destinadas á la boda de la hija del boyero. Su placer al encontrarse con un compatriota, y la conversacion que habian tenido daban á la inspiracion melódica que salia de su pluma en rasgos de fuego, un color húngaro, encantador y natural; mas cuando se hallaba en el dulce éxtasis del ánimo que experimenta el artista satisfecho de su trabajo, entró su muger encolerizada... Su visita ahuyentó al genio familiar del compositor, y la mas discordante armonía sucedió muy luego á la melodía celestial que llenaba un momento antes el gabinete del esposo, tan bueno como desgraciado.

— Qué es lo que me acaba de decir Francisco tu criado, dijo madama Haydn á su marido con un acento precursor de la tempestad conyugal; devuelves una suma que habias adquirido legítimamente, puesto que te la han dejado en cambio de tu trabajo...

— Esposa mia, respondió Haydn con dulzura, no te incomodes y sé mas justa; ¿un miserable minuet puede valer ese dinero? Seria robar al honrado Hermann.

— ¡Siempre has de ser el mismo! exclamó madama Haydn; nunca tendrás nada, y tu grandeza de alma te llevará derecho...

— ¡Al templo de la gloria! añadió Haydn sonriéndose.

— Antes bien al hospital, pródigo y débil marido... replicó su muger.

— Vamos, déjame en paz: necesito estar solo para dar la última mano á este minuet; lo he prometido, y bien sabes que nunca falto á mi palabra; la cumplo religiosamente, Isabelita...

Temiendo madama Haydn que la enterneciera su marido, que aunque casado hacia 25 años, conservaba todavía por ella toda la ternura de novio, lo rechazó friamente, repitiéndole que guardara el dinero de Hermann: mas viendo que no queria ceder en este punto, se valió de otro medio para provocar una riña mas seria entre ella y su marido.

Haydn, como casi todos los literatos que no escriben con la espada ceñida, la peluca muy peinada y buelos de encage de Inglaterra, como el difunto Mr. de Buffon, se complacia en el desórden de su estudio: le gustaba ver junto á sí esparcidos sus manuscritos; y muchas veces la tinta que marcaba aquellos puntos mágicos en el papel regleteado, serpenteaba en zigzag sobre la mesa de encina del maestro, y cubria las teclas del clave una arenilla fina y ligera: en una palabra, el estudio de Haydn presentaba á primera vista una confusa mezcla de los objetos mas heterogéneos. Este era uno de los grandes disgustos de su muger, que cuando lo queria sacar de sus casillas, no tenia mas que querer restablecer el órden en aquel santuario musical, adonde se retiraba su marido lejos de ella. Madama Haydn agarró pues una escoba, que era el cetro con que gobernaba su casa, y empezó á levantar una nube de polvo, que hizo toser tres veces á su pobre marido, y no contenta con haberlo asfiado, recogió las hojas de papel de música que volaban por todos los rincones del cuarto, y aprovechándose de la ausencia de Haydn, que no pudiendo aguantar mas se habia refugiado en la pieza contigua, y sin informarse de si valia algo lo que echaba á la basura, atizó el fuego de la chimenea con el nuevo minuet que acababa aquel de escribir casi entero...

Este volvió muy pronto, y habiendo buscado inútilmente su nuevo manuscrito, miró á la chimenea y vió con asombro el trío de su minuet que acababan de consumir las llamas: le dió un vértigo... creyó oír su partitura, dió un grito de desesperacion y cayó rendido sobre su silla de brazos... era ya muy tarde para volver á hacer otro, habia oscurecido, y su delicada salud no le permitia trabajar de noche... Afogado por la des-

(1) Unos 427 mil rs. vn., suma enorme para aquellos tiempos.

gracia que lo perseguía, y justamente irritado con su iconoclasta esposa, llamó á su criado, y le dijo que fuera á ver á su editor, y le pidiera el manuscrito del último cuarteto que le había enviado, y lo llevara en seguida á casa de Mr. de Hermann. El criado obedeció puntualmente á su amo, y éste se acostó tranquilo, aunque no sin sentir mucho el minuete quemado, que lo tenía por lo mejor que había escrito en ese género.

El minuete enviado al boyero, aunque no tenía el mérito que Haydn reconocía en su nueva composición, era elegante y gracioso, y de un estilo rico, como todo lo que salía de la pluma de aquel compositor, sin cuya aparición no hubiera tenido jamás el arte ni su Mozart, ni su Beethoven. Hermann al recibir el precioso manuscrito, lo abrazó con gratitud, y lo dió á un copista para que sacara las partes separadas: su yerno buscó unos músicos forasteros que se hallaban de paso en Viena, y aquella misma noche lo ejecutaron con grandes aplausos de todos los convidados á la boda.

— ¡Es de Haydn! exclamaba entusiasmado el suegro sirviendo vino del Rhin á sus numerosos convidados. ¡Para mí, que soy su compatriota, ha compuesto ese maravilloso minuete!

— ¡Viva Haydn! gritaron todos: ¡viva el grande artista!

— Vamos ahora mismo á darle las gracias por el honor que nos ha hecho; le dijo á Hermann su yerno.

— Lo había pensado antes que tú, hijo mío, respondió el compatriota de Haydn, y además voy á sorprender á ese excelente hombre. Yo le había dejado un bolsillo bastante bien provisto y me lo ha devuelto, y una vez que no admite mi dinero, le quiero pagar en especie.

— Será como en la edad de oro, donde todo se cambiaba, observó juiciosamente un viejo consejero áulico convidado á la cena de boda; Mr. Haydn os ha dado un minuete, y vos en cambio le vais á regalar....

— ¡Un buey! exclamó Hermann, ¡un buey vivo! ¡Pesa mil y doscientas libras!... Es un animal magnífico; el famoso buey gordo de que tanto se habla en París, sería en comparación de él un carnero pequeño.

— ¡Al establo! ¡al establo! dijeron los jóvenes echando al aire sus sombreros llenos de cintas de todos colores.

Todos en masa se encaminaron en busca del buey privilegiado, y sus hermosos y retorcidos cuernos fueron empabesados con cintas y flores, dirigiéndose el acompañamiento en seguida á casa de Haydn, en cuyo patio se colocó, y las músicas tocaron otra vez el minuete del maestro. Era la media noche; Haydn descansaba por fin al lado de su cara mitad, porque esta también dormía profundamente, cuando el ruido que hacían en el patio lo despertó sobresaltado, y se levantó con sumo disgusto, creyendo que su muger continuaba la escena del día anterior.... Mas cuál fue su sorpresa cuando habiendo prestado mas atención conoció su minuete; solo le desagradó mucho una parte de bajo, parte estraña, que parecía por intervalos en el acompañamiento, y cuyos sonidos desconocía su oído. Esta fantástica melodía la añadía de propia autoridad el buey engalanado, dando profundos mugidos, semejantes al ruido de un mar alborotado.

Después de haberse puesto su bata de ramos, y tomado una luz, se asomó Haydn á una ventana y fue acogido por los bravos de la multitud que se agitaba á sus pies. Dió las mas cordiales gracias á su compatriota, por su atención en venir tan pronto y tan tarde al mismo tiempo, á manifestarle su gratitud; mas así que Hermann le ofreció su buey como recuerdo de amistad, no se pudo dejar de reír á carcajadas, aunque temiendo disgustarlo, lo aceptó con placer y bajó al patio, donde después de haber recogido una multitud de ramilletes, dió un abrazo á la recién casada, y se retiró conmovido por el proceder del buen Hermann.

La serenata improvisada había puesto en movimiento á todos los vecinos de la casa que habitaba Haydn, y no podía darse nada mas cómico que verlos á todos, mugeres y viejos, con el gorro de dormir, con la cinta verde tradicional, y una lamparilla en la mano.

La aventura del minuete alborotó á toda Viena; todos lo quisieron tener, y el bienhadado trozo de música aumentó la fortuna del editor del gran sinfonista, quedándole el nombre del *Minuete del Buey*, como se puede ver en el conservatorio, en la colección de las obras del creador de la música instrumental. En cuanto al buey, prueba viva de la gratitud de Hermann, lo regaló Haydn al hospicio á pesar de la oposición de su muger, quien lo sintió tanto, que murió según dicen del disgusto.

Haydn, por último, habiendo enviudado después de cuarenta años de un matrimonio mal avenido, gozó de una paz desconocida hasta entonces; verdad es que era ya un poco tarde, mas según dice el proverbio ¡mas vale tarde que nunca!

HECHOS ESPAÑOLES.

(1503.)

HERNANDO DE ILLESCAS.

Hechos son estos dignos de recordación histórica, que conviene repetirlos y grabarlos en la memoria de los buenos ciudadanos, para que sean imitados en aquellos casos que peligran la independencia de la patria.

Toreno, hist. del lev., etc.

La ciudad de Salamanca en el siglo XVI no era esa ciudad que pasa casi desapercibida en el siglo XIX. Teniendo en su seno mas de diez mil jóvenes que cursaban en su universidad, la población era escasa, y la animación de sus habitantes cual se deja conocer por la clase que los componía. Frecuentemente el silencio de la noche era interrumpido ya por las carreras de los escolares que atravesaban las calles huyendo de las rondas, ya por el ruido de las espadas con que resistían á los corchetes y bedeles, encargados de velar sobre su conducta, ó bien por las riñas y pendencias ocasionadas por sus amores y galanteos. En efecto, nada estraño era ver á los mismos que por el día mostraban su aplicación en las aulas, tomar por la noche la capa y la espada, apostarse bajo una

reja esperando saliera su dama, é impedir el paso de la calle á cuantos intentaran interrumpir sus amorosos coloquios.

En una casa de una de las calles mas escusadas de la ciudad, una hermosa jóven y un hombre ya de edad estaban sentados al rededor de la lumbre; la sencillez con que aquella vestía, y lo raído y usado de la ropilla de soldado que llevaba aquel, mostraban su pobreza. Mientras el viejo soldado, que estaba cenando, menudeaba las visitas á un jarro de vino que había sobre la mesa, la jóven que como distraída desconchaba con las tenazas la corteza encendida de un tronco, lanzábale de cuando en cuando una mirada impaciente; la luz de un candil colgado de un negro cordón que se extendía á lo largo de la campana de la chimenea, alumbraba la habitación, dibujando en el suelo las imágenes de los dos, que se acortaban ó alargaban según su movimiento oscilatorio. El silencio era tan solo interrumpido por los chasquidos de la leña puesta en la lumbre, y por el zumbido del viento al chocar contra la débil chimenea. Era una de aquellas *sabrosas* noches de invierno, en las que merced á lo bien preparadas que están nuestras cocinas de la Mancha y las Castillas, se pasan en la chimenea con medio individuo asado y otro medio helado de frío, con las piernas abrasadas al contacto de la ropa y con la espalda metida en una nevera.

— Paréceme Inés que estás triste, dijo el soldado echando una mirada investigadora sobre la jóven.

— Yo padre.... tengo sueño.... habeis venido tan tarde....

— Si es temprano todavía, muchacha, aun no han dado las doce; me he detenido un poco en casa de Mendo, mi antiguo compañero de armas; ¡qué muchacho era cuando jóven! no se ven ya hombres como los del siglo pasado. Necesitaba un sopista de los que venían á esta universidad allá en mis tiempos, á todos los majos espadachines que hoy día pisan sus aulas. El otro día estaban en la plaza los cabecillas de todos los alborotos y los autores de todas las pendencias, escándalos y galanteos de la ciudad, ese calavera de Medellín, *Hernán Cortés* y su compañero *Hernando de Illescas*....

Al pronunciar este nombre el soldado, el rostro de su hija se alteró notablemente. Una mirada y una sonrisa irónica del padre mostraban que había notado el efecto que hacían sus palabras.

— Pues como decía, continuó, me los encontré en la plaza: al ver sus bigotillos, tentado estuve de empezar á palos con ellos. Cuando yo era escudero del señor conde de Benavente....

— Pero padre, ¿no os acostáis? dijo la jóven viendo al soldado que se levantaba de la mesa y se arrellanaba en una silla á la lumbre.

— ¿Cómo acostarme? si estoy esperando una visita. Pero escucha, ¿no ha sido un silbido lo que ha sonado en la calle?....

— Padre.... no he oído nada. Será el viento.... dijo la jóven palideciendo.

Otra vez se escuchó un silbido prolongado, como una señal convenida; la jóven saltaba de impaciencia en la silla, el viejo soldado alargó con socarronería la mano al jarro, bebió con gran calma, tosió con malicia y se puso á tararear una canción. El silbido se escuchó mas fuerte; la jóven que tenía la barba puesta sobre su mano, apartó sus ojos del fuego, donde hacia rato los tenía fijos, y poco á poco los fue girando hacia su padre, mostrándolos llenos de lágrimas; de pronto los volvió á su primera posición; se habían encontrado con los del soldado, que con su mirada burlesca estaban clavados en ella.

El silbido se escuchó mucho mas fuerte.

— Buena hora para volar los palomos, Inés, ¿qué te parece el vecino? Pues á fe que si sale el gavilán no le deja uno siquiera.

La jóven no contestó una palabra conociendo que su padre la trataba de apurar; éste de pronto se levantó como admirado y dijo:

— Pero calla Inés, no lo había pensado, ese que silba será algún arrecido de frío que está en la calle, voy á decirle que entre y se caliente.

— Por Dios padre no salgais, dijo la jóven.

— Inés, ¿quieres tan mal á ese prógimo? no, no, que entre y se caliente. Caballero, añadió abriendo la puerta, adelante.

La puerta permaneció un momento abierta sin que entrara nadie.

— Caballero, adelante, repitió el soldado.

— Buenas noches, dijo un embozado entrando, ¿qué me queréis?

— Os he llamado, dijo el soldado con calma cerrando la puerta, porque estais silbando hace media hora en la calle, debeis tener frío y os convido á calentaros.

— ¿Me conocéis? dijo el embozado.

— Sois, sino me engaño, el tan famoso en esta ciudad D. Hernando de Illescas, y estais hablando con Juan Laguna, el escudero mas antiguo de la ilustre casa del conde de Benavente, contestó el soldado dándose importancia. Ya veis que nos conocemos, y por consiguiente debemos hablar claros, tomad asiento.

El viejo soldado se sentó en la lumbre, el embozado descubriose, mostrando bajo la capa una negra ropilla, propia de los estudiantes de aquel tiempo. Inés cubrió su rostro con las manos al ver sentarse al estudiante.

— Señor de Illescas, hablemos claros, dijo Juan Laguna, entre estudiantes y soldados cumplimientos escusados. Tengo 60 años, y en ellos algo habré aprendido sin saber de letra como vos; digo esto, porque no creais he pasado el tiempo sin notar vuestros amores con mi hija.

— ¿Y qué? dijo el mancebo interrumpiéndole.

— Que no lo estraño de ningún modo, replicó el soldado, cual no lo estraño Martin Pelaez mi suegro cuando cortejaba yo á su hija, que esté en gloria. Mas variando los nombres os diré las mismas razones que él me dijo á mí. »D. Hernando, si quereis tanto como mostrais á la hija del antiguo escudero de la casa de Benavente, espero la lograreis por los medios que yo me valí para alcanzar la mano de su madre, peleando contra los moros, y ya que gracias á Dios no los tenemos, peleando contra los enemigos de vuestra patria y de vuestro rey. Volvereis á sentaros á mi lado y me pedireis la mano de mi hija, cuando hayais derramado vuestra sangre, como yo hice, por esos dos objetos.

— Juan Laguna, contestó el estudiante, os doy mil gracias por las palabras que acabais de decirme. Esta noche pensaba hablar por la reja con Inés, como acostumbro, pero habiéndome escuchado he alcanzado mas de lo que esperaba, esto es, vuestro consentimiento para amarla. De casa noble, pero pobre, me he dedicado á las letras para ganar mi sustento, si la dicha

de alcanzar la mano de vuestra hija se logra derramando mi sangre por la patria, mañana salgo para Italia; los libros me han enseñado a lo que está obligado quien lleva el nombre español.

— Espero D. Hernando que cumplireis con vuestros deberes, y que con el tiempo sereis digno de la hija de Juan Laguna, antiguo escudero de la casa del conde de Benavente.

Muchacha, añadió dirigiéndose a su hija, ¿no merece una mirada el señor Illescas? si antes te dije lo de la plaza fue tan solo para apurarte, por lo demás yo espero que con el tiempo el bigote del estudiante será como el del antiguo escudero de la casa del conde de Benavente; y diciendo esto halagaba su blanco y retorcido bigote, como gozándose en notar sus dimensiones.

La joven tendió una mirada sobre el estudiante, éste le dijo: Inés, tú sabes cuánto te amo, espero que dentro de dos ó tres años volveré a tu lado, sino rico, al menos mas honrado.

Juan Laguna, en el mismo tiempo el estudiante Hernando de Illescas se hará digno de la hija de Juan Laguna, antiguo escudero de la casa del conde de Benavente como vos decís.

Al día siguiente, una multitud de estudiantes estaban en una de las puertas de Salamanca, despidiendo a dos amigos. A Hernando de Illescas, que iba a Italia, y a *Hernán Cortés*, que marchaba a Medellín, desde donde pronto pasó a América a alcanzar con cuatro aventureros tales victorias, que nos le presentan despues de trescientos años como el hombre mas extraordinario del mundo (1).

G. G. G.

Aventuras de un estudiante alemán.

En la época en que se agitaba a la Francia la tormenta revolucionaria, atravesaba un joven alemán, para retirarse a su casa, los barrios mas antiguos de París en medio de una noche tempestuosa. Brillaban en el cielo frecuentes relámpagos, y retumbaba el trueno con espantoso ruido por cima de los altos tejados de aquellas estrechas calles. Pero antes de pasar adelante, hablemos lo necesario acerca de nuestro joven alemán.

Godofredo Wolfgang, descendiente de una ilustre familia de Alemania, había seguido durante algun tiempo sus estudios en la universidad de Goetinga. Las vagas y abstractas doctrinas que han trastornado tantas buenas cabezas alemanas, no tardaron en producir funestos efectos sobre su imaginación visionaria y entusiasta, afectando al mismo tiempo su razón y su salud. Debilitaron su cuerpo y su mente las místicas meditaciones del espiritualismo, y su obstinada aplicación a teorías abstractas é impracticables, hasta el punto de llegar a rodearse, como Swedemburg, (2) de un mundo imaginario. Persuadióse, pues, que vivía sometido a la influencia fatal de un genio enemigo que le perseguía incesantemente y conspiraba para su pérdida: idea que acabando de destruir un temperamento melancólico, le redujo a un estado mental verdaderamente lastimoso, con lo que se mostraba de día en día mas meditabundo y sombrío. No tardaron sus amigos en descubrir la naturaleza de la terrible enfermedad que devoraba su alma, y juzgaron que para mitigar sus efectos sería lo mas acertado variar la escena de sus sensaciones; por lo cual le persuadieron a que fuese a terminar sus estudios al teatro del lujo y de la locura, a la capital de la Francia.

Llegó Wolfgang a París en los principios de la revolución, y pronto se apoderó el delirio popular de su exaltada imaginación. Sedujéronle las teorías filosóficas y políticas, entonces de moda; pero los sangrientos sucesos a que dieron origen no tardaron en hacerle odioso al comercio de las gentes, y empezó una vida aun mas retirada y estudiosa que la que había seguido en su patria. Sepultóse en una recóndita habitación del *Barrio Latino*, barrio esclusivamente dedicado a las universidades y colegios, donde habita por lo general toda la juventud estudiosa de París; y allí, en el fondo de una calle estrecha y sombría, no lejos de las doctas paredes de la Sorbona, se dió de nuevo a la investigación de sus hondas especulaciones favoritas. Consagraba muchas veces horas enteras a las grandes bibliotecas catacumbas de los antiguos escritores, donde entre el polvo que cubría algunos de sus ya olvidados escritos, buscaba el triste alimento que convenia a su gusto estragado; semejante a aquellos hambrientos vampiros que designan las *mil y una noches* bajo el nombre de gulos, ansiosos devoradores de cadáveres.

Un temperamento en extremo enérgico, tanto mas terrible cuanto siempre había ejercido su influencia sobre una ardiente imaginación, dominaba sin embargo a nuestro joven solitario. Demasiado nocivo y poco familiarizado con el mundo para embarcarse en el piélago del amor, admiraba en secreto a las mugeres y suspiraba por su hermosura. Solo, en el estrecho zaquizamí, recorría en su pensamiento y creía ver presentes las formas y facciones que mas impresion le habían hecho durante el día; é inflamada así su imaginación con estas imágenes, creó un tipo ideal de belleza mugeril, superior a la misma realidad.

Una noche, hallándose bajo la influencia de esta exaltación cerebral, tuvo un sueño que produjo sobre él un afecto extraordinario. Se le apareció una muger de nunca vista hermosura, y tal fue la impresión que le produjo este sueño, que la misma aparición se repetía diferentes veces, no solo en la calma de la noche, sino tambien durante el día. Wolfgang en fin se enamoró ciegamente de la imagen creada por un sueño; y tanto se prolongó esta sensación que llegó a ser en él una de aquellas ideas fijas que persiguen sin interrupción a las almas melancólicas, y que son con harta frecuencia seguros síntomas de locura.

En este estado se hallaba Wolfgang en la época de que tratamos. Volviendo pues a su casa, una tempestuosa noche de invierno, por las antiguas y desiertas calles del *Marais*, oyó los estampidos del trueno que resonaba sobre los altos tejados, y habiendo llegado a la plaza de *Greve*, sitio fatal donde se ejecutan las sentencias de muerte, vió serpear frecuentes relámpagos sobre la cima del antiguo *Hôtel de Ville*, que bañaban con un siniestro resplandor todo el espacio en que despliega este edificio su ancha fachada. Hirió repentinamente los ojos de Wolfgang el aspecto de un cadalso levantado en mitad de la plaza, y este espectáculo llenó su alma de amargura; hallábase al pie de la guillotina, horrible ins-

trumento, siempre pronto bajo el régimen del terror a lanzar nuevas víctimas en el sepulcro. Bañábanle incesantemente los verdugos en la sangre de la inocencia y de la virtud; aquel mismo día habían perecido en él gran número de desgraciados, y parecía estar esperando nuevas víctimas, levantado en medio de aquella gran ciudad sepultada en el sueño y en el espanto.

Lleno su corazón de angustia y horror, se alejaba Wolfgang temblando de aquel espantoso sitio: cuando distinguió entre la sombra una forma vaga en el pie de la escalera que conducía al cadalso. Los brillantes relámpagos que se sucedían casi sin interrupción, se la hicieron distinguir mas claramente, y vió que era la de una muger vestida de negro. Sentada en uno de los escalones mas inmediatos al suelo de la fatal escala, el cuerpo inclinado hacia adelante, ocultaba el rostro apoyándole sobre sus rodillas, y las largas trenzas de su melena flotaban sobre el suelo, empapadas en la lluvia que caía a torrentes. Deteniéndose Wolfgang horrorizado al ver esta viva imagen de la desesperación; el aspecto de aquella muger indicaba que no pertenecía a las últimas clases de la sociedad, y sin embargo no le admiró verla en aquella situación, sabiendo que las tristes vicisitudes de aquellos tiempos, reducían en un instante a la última indigencia a muchos infelices acostumbrados antes a la opulencia y a los placeres. Veía pues en la muger que tenía delante, un ser en otro tiempo afortunado, a quien un golpe de la hacha fatal había condenado a eterno luto y lágrimas eternas, allí, sin duda, en aquella ribera última de la vida, aquella muger, llena su alma de amargura, había visto lanzarse en el seno de la eternidad el objeto mas querido de su corazón.

Acercóse el joven a ella, y la dirigió la palabra con el suave acento de la verdadera compasión. Levantó ella la cabeza mirándole con ojos delirantes... ¿pero cuál fue la admiración de Wolfgang, cuando a la luz de los relámpagos, reconoció en las facciones de aquella desgraciada, las que habían sido tanto tiempo el objeto de sus sueños! En su semblante pálido estaba pintada la desesperación; pero brillaba en él una celeste hermosura.

Agitado de una violenta emoción y de diversos sentimientos, vuelve Wolfgang a dirigirle la palabra, esponiéndola los peligros que la rodean a semejante hora de la noche en medio de una tan terrible tempestad, y la ofrece conducirla a casa de alguno de los amigos que tendría ella sin duda en la ciudad; pero dióle por toda respuesta estas palabras señalando con el dedo la guillotina.

— No tengo ya amigo ninguno sobre la tierra.

— Pero tendrá V. a lo menos un asilo....

— Si; el sepulcro.

Conmovióse mas y mas el corazón de nuestro alemán al oír estas palabras.

— Si me es permitido, dijo, hacer a V. una oferta, sin esponerme a ver mal interpretadas mis intenciones, ofrezco a V. con todo mi corazón un asilo seguro y el apoyo de un amigo franco y sincero. Yo tampoco tengo amigo alguno en esta capital; soy extranjero en Francia y por lo tanto mi auxilio no puede serle a V. de mucha utilidad; pero tal cual es, disponga V. de él y tambien de mi vida que sacrificaré gustoso por liberarla de cualquiera que intente ultrajarla.

Había en el tono con que pronunció Wolfgang estas palabras una gravedad llena de candor, que unida a su acento extranjero, produjo sobre la que le escuchaba un efecto favorable, tanto mas, cuando su lenguaje no se parecía en nada al de los muchos jóvenes corrompidos que infestan las grandes capitales. Hay en el acento del verdadero entusiasmo una elocuencia que aleja toda indigna sospecha. No dudó pues la extranjera, en la triste situación en que se hallaba, abandonada del cielo y de la tierra, en confiarse a la protección del estudiante que sosteniendo los trémulos pasos de su compañera, se dirigió con ella lentamente hacia el *punte nuevo*. Luego que hubieron llegado al terraplen donde antes se elevaba la estatua de Enrique IV, derribado ya por un populacho frenético, vieron que había calmado casi enteramente la tempestad.

París entero yacía sumergido en un profundo silencio; este gran volcán de las pasiones humanas reparaba sus fuerzas con el sueño para estallar de nuevo al siguiente día con una erupción mas terrible. Llegaron en fin nuestros dos jóvenes, despues de haber atravesado las fangosas calles del *Barrio Latino*, a las tristes paredes de la Sorbona y al cabo de pocos minutos entraron en la humilde posada que habitaba el estudioso alemán. Subió a su punto la admiración de la decrepita portera que salió a abrirlos, con el inusitado espectáculo de la llegada del melancólico extranjero dando el brazo a una muger joven y hermosa.

Al abrir la puerta de su modesta habitación, se avergonzó por vez primera nuestro estudiante de la pobreza de su albergue, que consistía todo él en una pieza única semejante a los antiguos salones de moda entre nuestros bisabuelos, amueblada con algunos desaparejados restos de una añeja opulencia. Aquella casa había sido habitada antes de la revolución por una de las muchas nobilísimas familias, cuyo prurito era residir en las cercanías del Luxemburgo. Estaba a la sazón la susodicha sala llena toda de libros y papelotes, esparcidos aquí y allí en el mayor desorden, y se veía la humilde cama del estudiante en un rincón de la pieza.

A la luz de una vela de sebo que le dió su portera, examinó Wolfgang con mas atención a su nueva protegida, y quedó de nuevo admirado de su extraordinaria hermosura. Era en extremo blanca, muy pálida, y el ébano de sus largos cabellos flotando sobre sus espaldas, realzaba el nevado color de su rostro y de su cuello, un fuego celeste brillaba en sus hermosos ojos, cuya expresión se asemejaba algun tanto a la del delirio. Era su cuerpo airoso, en cuanto se podía juzgar por entre los pliegues del ancho ropage que de pies a cabeza la cubría, y era en fin su porte en extremo imponente, aunque sencillo su traje. El único adorno digno de atención que la engalanaba era, un ancho collar negro que rodeaba su cuello de alabastro y cerraba un medallón de diamantes.

No sabía cómo componerse nuestro estudiante para alojar con comodidad en su reducida estancia aquella desgracia de quien acababa de declararse protector. Lo primero que le ocurrió fue dejarla sola por aquella noche en su habitación, é ir él a dormir en la calle; pero la belleza de su huésped agitada con tal violencia su corazón y sus sentidos que no tenía aliento para separarse de ella. Aquella muger por su parte, se conducía de una manera inexplicable; su dolor parecía haber calmado bastante, y todavía no había vuelto a pronunciar ni una vez siquiera el terrible

(1) La conclusion en el número próximo.

(2) Personage de un cuento Hoffman.

nombre de guillotina. Parecía haber escitado su confianza y conmovido su corazón las delicadas atenciones del estudiante, era evidentemente entusiasta como él, y sabido es que los entusiastas se entienden entre sí á las mil maravillas.

Declaró Wolfgang en aquella favorable ocasion á su hermosa desconocida los sentimientos que le habia inspirado, contándole además la historia del misterioso sueño que, aun antes de haberla visto, la habia hecho adorar su celeste imagen.

Conmovió mucho esta ingenua declaracion á la bella desconocida, y confesó al estudiante que tambien ella por su parte habia sentido hacia él una invencible inclinacion de que no acertaba á darse cuenta á sí misma. Vivía entonces la Francia en una época no menos admirable por sus teorías que por sus acciones; en que se miraban todas las opiniones antiguas como preocupaciones supersticiosas, siendo el único culto reconocido el de la *Diosa de la razon*. Entre las antiguas costumbres mandadas ya recoger como abusos despreciables, contábase especialmente las formas y ceremonias del matrimonio, que para cabezas verdaderamente liberales, no eran mas que formalidades ridículas. Estaba entonces en todo su auge el contrato social interpretado Dios sabe cómo, y conocia demasiado á fondo nuestro estudiante todas sus teorías, para no sacar partido de unas opiniones que tambien se adaptaban con su actual deseo.

—¿Por qué hemos de separarnos? exclamó: pues que nuestros corazones están de acuerdo, unidos estamos á los ojos del honor y de la razon. ¿Tienen por ventura las almas sublimes necesidad de formalidades serviles para enlazarse con legítimos nudos?

Escuchábale la desconocida con tal agitacion que bien mostraba estar iniciada en los mismos principios que su interlocutor.

—V. no tiene, la dijo, hogar ni familia... pues bien, yo la serviré á V. de familia y mi hogar será el suyo. Si es menester egecutar algunas formalidades, juro que se egecutarán... entre tanto esta es mi mano. ¡Ah! recíbala V. para siempre juntamente con mi corazón.

—¿Para siempre? exclamó la desconocida con tono solemne.

—Para siempre, repitió el alemán.

Y entonces la presentó su mano, que ella estrechó enagenada entre las suyas.

—Sí... tuya soy, resonó el débil murmullo de sus labios, mientras ella reclinaba suavemente su lánguida cabeza sobre el pecho del estudiante.

Levantóse este al dia siguiente apenas despuntaba el alba dejando descansar á su nueva esposa, y salió á buscar una habitacion proporcionada á sus nuevas obligaciones. De vuelta á su casa halló á la estrangera tendida sobre la cama, la cabeza caída hacia afuera y un brazo colgando; acércase á despertarla para hacerla tomar una postura mas cómoda, y habiéndola cogido una mano, vió que habia cesado del todo el movimiento de las arterias y que sus facciones estaban inmóviles y sus ojos apagados; en una palabra, se halló con un cadáver.

Horrorizado, delirante prorrumpe en agudos quejidos, que pronto pusieron toda la casa en el mayor desorden y confusion posibles. Dióse parte á la policía, y habiendo llegado un comisario acompañado de algunos soldados, exclamó al contemplar las facciones de la difunta.

—¡Dios mio! ¿quién ha traído aquí á esta muger?

—¿Quién? ¿La conoce V.? preguntó Wolfgang inmediatamente.

—¡Pues no he de conocerla! respondió el comisario. ¡Ayer ha sido guillotina!

Acércase entonces á ella, desata el negro collar que ceñía su cuello de alabastro, y cae al suelo rodando su cabeza.

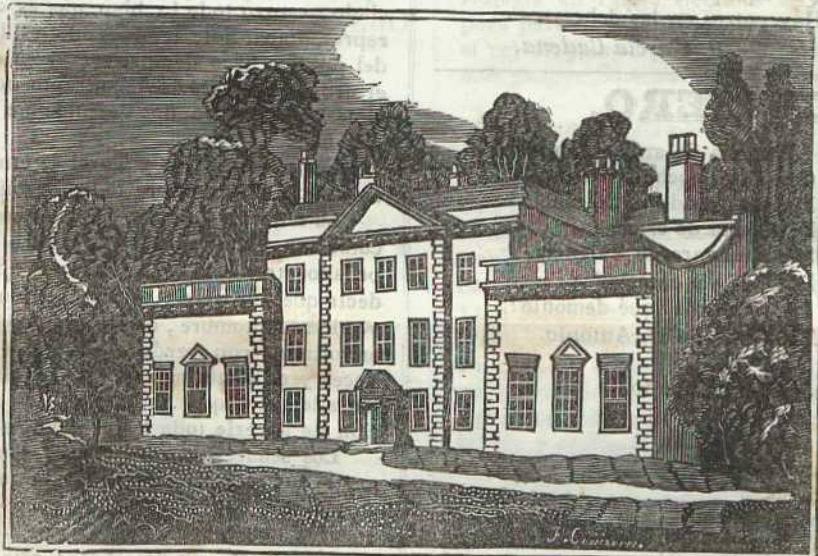
Un repentino horror se apoderó del estudiante.

—¡El demonio, exclama, el demonio se ha apoderado de mí! estoy perdido para siempre!

En vano procuraron mitigar su afliccion, porque esta fatal creencia se habia apoderado completamente de su cerebro. Imaginábase que un espíritu infernal habia tomado para seducirle la forma de una muger inmolada sobre el cadalso, y se creía víctima de esta impostura. Trastornóse, pues, completamente su juicio, y murió en un hospital de locos.

—¿Y quién nos garantiza la veracidad de esa historia? preguntó uno de los que le escuchaban.

—El héroe mismo de ella, replicó el que la habia contado, testigo irrecusable á mi parecer. Contómela el mismo estudiante Wolfgang en la casa de locos de Chareton, donde vivia encerrado sin que tuviesen los médicos esperanza alguna de su curacion.



LA CASA MISTERIOSA.

Por fuerza habrán de contentarse nuestros lectores con solo el grabado, dispensándonos de escribir un artículo *ad hoc*. ¿Qué hemos de decir de una casa de campo cerradas puertas y ventanas y sin un solo agujero por donde podamos entrar para referir lo que adentro pasa? Casi casi es una ventaja el no escribir nada para ella: la imaginacion fecunda de nuestros lectores no podrá menos de volar en alas de la congetura, atribuyendo al silencioso edificio cualidades y sucesos que acaso no estén lejos de la realidad. No nos es permitido á nosotros pobres profanos descender el velo densísimo que esconde los arcanos de esa melancólica mansion; una promesa sagrada, un juramento terrible nos fue arrancado en una noche mas terrible aun, en que conducidos á ella por misteriosa mano, presenciámos escenas mas horribles que los ensueños de madama Radeclife: historia es esta que seria tan lastimosa y larga que la del Judío errante, y aun no es llegado el plazo que designa nuestra medalla para revelarla, aun andan por el mundo un hombre y una muger que se saludan desde Polo á polo en una noche de truenos diciendo aquel: *á los pies de V.*, y esta *beso á V. la mano*; y ese hombre y esa muger en compañía del bonachon de Dagoberto comiendo juntos con el perro *aburrido* y el caballo *fo-vial*, y los jesuitas y los estranguladores y aquel gigante que se comia cuatro arrobas de carne cruda y jugaba al chito con las fieras, y Eugenio Sue que presidia, son los personajes que encontramos dentro de esa casa... ¡horror, horror! aun nos parece ver á Dagoberto cosiéndose los pantalones y enseñando lo que no quisiéramos volver á ver... aun resuena en nuestros oídos el llanto de las niñas... ¡pero no! no mas aclaraciones, misterios son estos que el lector podrá adivinar, pero que nosotros no podemos descubrir. Día llegará, y no está lejano, en que asombremos al universo contando lo que vimos en esa casa al través de los relámpagos y culebrinas: por ahora contentense nuestros lectores con saber que los dos apuros grandes en que nos hemos visto en el trascurso de nuestra vista, ha sido el uno el de la casa misteriosa y el otro mientras hemos escrito estos renglones, que nadie entenderá, que nosotros no entendemos, y que nadie debe entender porque segun el sistema moderno de *misterios* en no entenderlos nadie y en decir muchos disparates, está el verdadero *misterio*.

INDUSTRIA Y ARTES.

Exposicion pública.

Uno de los medios mas eficaces para fomentar los adelantos del espíritu

humano, es sin duda alguna un certámen ó esposicion pública en que todos tengan derecho á presentar sus obras, puedan estas ser juzgadas con imparcialidad y sus autores reciban una recompensa ó público testimonio del aprecio de sus conciudadanos.

La Sociedad económica de amigos del pais de Valencia que anualmente tiene la satisfaccion de conocer las ventajas de su instituto, es acreedora á la gratitud de los verdaderos patricios y de todo el que se interese en la prosperidad de nuestra industria. Con un celo indecible alienta á los artistas y fomenta la instruccion pública por cuantos medios están á sus alcances.

La esposicion pública que ha tenido lugar en el presente año es digna no de Valencia sino de cualquiera capital la mas rica é industriosa, y si los límites de un artículo de período nos lo permitieran nos creeríamos en la mas estricta obligacion de hacer mencion de cada uno de los objetos presentados; pues todos, atendidas las circunstancias de sus autores, son igualmente dignos de elogio y recompensa.

En el ramo de caligrafía ha visto el público desde las letras mas sencillas egecutadas por la mano del niño, hasta el perfecto cuadro en que con sola la pluma ha imitado el señor Preciado el mas hermoso grabado.

Merecen particular mencion los trabajos presentados por los adultos, discípulos de las escuelas de la Sociedad y del Liceo, y tambien los directores de las escuelas de la Beneficencia y colegio de niños huérfanos de san Vicente Ferrer.

Los colegios Edetano, Valentino y de Iberia, y las demás enseñanzas públicas de esta capital, han dado á conocer todas sus adelantos en el cosido, bordados y floreros de toda especie, sobresaliendo los cuadros bordados en cañamazo que á cierta distancia se confunden con los iluminados.

Este año se ha reservado otra sala para los artistas, y en este punto la esposicion ha escedido las esperanzas de la Sociedad. Grabados de todas clases y primorosísimos en madera: calzado muy bien construido: sombreros en un todo iguales, sino superiores, á los franceses: sillas de montar de esquisito gusto: pelucas de nueva invencion: un piano vertical: una hermosa carretela: magníficos y lujosos muebles: una escopeta de llave oculta: un modelo de molino de viento y otro de andana, marcos primorosamente dorados y bronceados, y la incalculable mejora de una fábrica de clavos de los conocidos con el nombre de *puntas de París*, con otra infinidad de objetos igualmente preciosos, manifiestan el estado actual de la industria valenciana.

No podemos pasar en silencio la parte de la esposición que pertenece al presidio, que con tanto acierto dirige el señor Montesinos, pues sin hacer mención de su sobresaliente mérito, su principal recomendación consiste en estar elaborados en un establecimiento que por días va perdiendo su repugnante aspecto, todas las artes ocupan un lugar en la esposición, la lencería, cordelería, zapatería, armería, etc., pero en este último ramo sobresalen una escopeta que contiene cebo para mas de cien tiros, y una pistola de seis cañones perfectamente trabajada. Hasta en el difícilísimo arte de la seda se encuentran cosas elaboradas con la mayor maestría y gusto: felicitamos al señor Montesinos por su acertada dirección y por su incansable celo en proporcionar ventajas á este establecimiento.

LA MALAGUEÑA A LA POLKA.

Oiga osté aquí, so estropajo:
¿Osté es cristiana ó judío?
¿De qué país á venío
A enseñarnos el sancajo?
¿Usamos aquí cabestro
O somos bestias feroces
Que pa aprender á dar cosas
Neseditamos maestro?
¡Santo Cristo! ¿qué trapío!
Quite osté allá, so esperpento,
Que cuando toma osté viento
Parese que haya bebío.
Me espanta que en este suelo
De la sal y el desenfao
Se encuentre un desesperao
Que se arrime á ese mochuelo;
Y le prefiera al meneo
De las hembras de Jesús
Tan solo porque es Mesú
Y viene hablando en hebreo.
Lusca osté el garbo, ¿nagensia!
A ver; dé osté algunos pasos...

¿Por qué se crusa de brazos?
¿Qué va osté á haser penitensia?
¡Juy! ¿que se la ve el sapato!
Tambien la pierna... ¿que mona!...
No, pues pa ser señorona
¿No es grande cosa el recato!
¿Puñalá! ¿y como tropiesa!
¿Hay mal piso por allá
O ha vorcao la calesa
Que viene tan derrengá?
¿Y osté es la que tanta gresca
Ha movío? ¿chachipé!
¿Quien no la conose á osté
No sabe lo que se pesca!
No sea chis garabis
Y escuche bien mis consejos:
Recoja los aparejos
Y láguese á su país.
Vaya á enseñar sus proesas
A otros que sean mas bobos,
Que aquí pa dar corcobos
Hay potros en las dehesas.

P. García Cadena.

EL PENDENCIERO.

Es D. Diego mi vecino
Pacífico por demás,
Nadie le saca de tino
Ni le ha irritado jamás,
Ya le den agua, ya vino,
Ni pide menos ni mas,
Y aunque caiga en un abismo
Mi D. Diego siempre el mismo.

Trataba de armar pendencia,
Con él yo noches pasadas,
Mas su grande indiferencia
Le liberta de estocadas;
Sois deshonra de Valencia,
Le dije, y á carcajadas
Me contestó: ¿qué demonio!
Teneis razon D. Antonio.

— Me habeis D. Diego insultado.
— Pues os pediré perdon.
— No se lo doy á un menguado.
— Pues pegadme un bofetón.
— Estais ya desafiado.
— No, que estimo el corazón.
— D. Diego, sois un cobarde.
— Así moriré mas tarde.

G. Gishert G.

En la noche del 12 del corriente aparecieron iluminadas por el gas las principales calles de esta ciudad. El efecto es mágico, y tanto los directores del establecimiento como la corporación municipal son dignos de elogio.

Llamamos la atención de quien corresponda sobre el alumbrado del teatro. Es malo, infernal y desdice de todo lo que en él se nota. Mengua para Valencia será que sus calles se alumbren con gas y su teatro esté á oscuras.

REVISTA TEATRAL.

Nabucodonosor: esta magnífica partitura es debida al talento del maestro Verdi, jóven que empieza su carrera de compositor por donde otros la han acabado; bien es verdad que el genio brota desde luego sin esperar á los años. El *Nabuco* y el *Hernani* son dos óperas que han llamado la atención de la filarmónica Italia, que ha saludado con universales aclamaciones la aparición de su inspirado autor. La ópera de que nos ocupamos puesta en escena en nuestro teatro las noches del 7 y 8 del actual, ha agradado extraordinariamente y con sobrada razon. Sus cantos son nuevos y sorprendentes, los *tutti* ó piezas concertantes llenos de pompa y sublimidad, y la instrumentación magníficamente combinada. Parecíamos encontrar la magestuosa sencillez del *Moisés*, y toda la gala y alarde de la música alemana.

ESPARTERO.

Edición económica para las provincias.
Historia de su vida militar y política y de los grandes sucesos contemporáneos, escrita bajo la dirección de Don José Segundo Florez, edición esmerada, con letras de adorno, preciosos grabados y litografías á parte.

A SEIS CUARTOS LA ENTREGA.

La SOCIEDAD LITERARIA, en atención á las continuas invitaciones de los señores comisionados, y deseoso siempre de complacer á sus suscritores, ha resuelto estender á las provincias la edición económica de esta interesantísima publicación.

Habiéndose repartido ya en Madrid 14 entregas de 16 páginas cada una en octavo mayor, que forman la mitad del primer tomo, se enviarán inmediatamente en-

cuadernadas á los señores que gusten suscribirse y satisfagan en el momento de verificarlo DIEZ REALES DE VELLON, que resulta á razon de SEIS CUARTOS POR ENTREGA, francas de porte. El otro medio primer tomo, se remitirá dentro de poco, pues á instancia de los señores suscritores y empezando desde la entrega núm. 17 se repartirán en Madrid dos entregas por semana.

Al fin del tomo primero se repartirá su elegante cubierta en papel de color y una lámina en litografía que representará á ESPARTERO pasando por el puente de Luchana; con la cubierta del tomo segundo se repartirá tambien litografiado el retrato del bizarro jóven D. Ignacio Gurrea; y con la del tercero el retrato de ESPARTERO despidiéndose de la Milicia Nacional de Madrid en el acto de abrazar sus banderas. Toda la obra constará de tres tomos de unas 400 páginas.

IMPORTANTE. No sobrando mas que mil ejemplares de los seis mil que se tiran para Madrid, los pri-

La ejecución ha sido bastante buena y especialmente la segunda noche.

La señora Garis confirmó la buena opinion que el público formó desde luego de sus naturales dotes y conocimientos músicos. En las piezas concertantes su clara y hermosa voz daba un bello realce al conjunto, y en las demás correspondientes á su parte de *Abigail*, se hizo aplaudir con repetición.

El señor Natale cantó muy bien en mas de una ocasión, no pudiendo hacerlo en otras, ni lucir sus hermosas facultades, por no hallarse aun restablecido del todo. En la escena final del tercer acto, *non son Re, son Dio*, muy semejante por su situación al aria de *Azur*, dió relevantes muestras de poseer la parte mímica, arrancando numerosos aplausos.

El señor Santarelli cantó con gusto y maestría, y estaba perfectamente vestido segun acostumbra.

La señora Sccanavino y el señor Hordan desempeñaron bien sus partes de escaso lucimiento. Los coros y la orquesta como pocas veces los hemos oido.

La ópera se ha puesto en escena con lujo y brillantez. Los trages eran nuevos y magníficos, faltando únicamente para la religiosa exactitud de la época que algunos no hubieran sido de raso: fueron hechos y dirigidos por el maestro señor Suarez, cuyo tino y buen gusto son dignos de honorífica mención. Las decoraciones muy lindas y perfectamente entendidas por el señor Perez. Sin una, ojiva, que apareció nos hubiéramos creído en Babilonia, bien es cierto que nuestra España tiene muchos puntos de contacto con aquella ciudad.

El arte de conspirar: obra maestra de Scribe, y traducción de nuestro íntimo y llorado amigo D. M. J. de Larra. Esto solo encierra toda la apología de esta hermosa composición, tan conocida y alabada por todos.

La ejecución fue buena: el señor Cejudo en el conde de Ranzau dió muestras del aplomo, intención é inteligencia con que caracteriza esos barbas tanto mas dignos de elogio cuando los representa, cuanto que se hallan en oposición con su edad. El público lo aplaudió recompensando sus esfuerzos y quedando complacido á pesar de haber visto desempeñar ese difícil papel al actor que mas triunfos ha obtenido en su ejecución.

El señor Montaña digno de elogio por la amabilidad y ningún orgullo con que aceptó un papel secundario en obsequio del público y del beneficiado, estuvo todo lo bien que es dable estar en el baron de Geler que representaba. Este actor es entendido, dócil y pundonoroso, y un aplauso del público hace siempre crecer su mérito, y vale para él mas que todo el oro de la tierra. Tal concepto nos merece y no se nos tachará de parciales, porque no nos descuidamos en corregirlo cuando justo lo consideramos.

Las señoras Cruz y Toral se esmeraron en sus respectivos papeles, y en el acto último sobre todo fueron juntamente aplaudidas.

La señorita Carrasco hacia el papel de *Juan*, tanto mas difícil de ejecutar con éxito para ella, cuanto que el señor del Rio lo habia desempeñado otras veces con universal aplauso. Pues bien, nos complacemos en decir que esta actriz, prescindiendo de lo bien y naturalmente que estaba vestida de hombre, comprendió y ejecutó su papel con gracia, con desenvoltura, con verdadera inteligencia. El público la aplaudió repetidas veces y en distintas escenas, notando con gusto su constante aplicación y los adelantos que hace. Sentimos un verdadero placer en tener esta ocasión de hacerle toda la justicia que se merece.

Los señores Lugar, Orgáz, Gonzalez y Parreño desempeñaron felizmente sus respectivos papeles, y cada uno de ellos merece una particular mención.

Hay una reina en ese drama... respetemos al trono.

Un tercero en discordia: esta linda comedia sale siempre muy bien, esmerándose en su ejecución todos los actores.

Cecilia la ciegucecita: ya en otra ocasión hablamos detenidamente de esta interesante producción, haciendo al talento de la señora Toral la justicia que se merece. En la noche del 12 se escudió á sí misma, usando de una expresión muy usada, pero acaso nunca tan con razon aplicada. Esta actriz, llena de sensibilidad é inteligencia, y abandonada á su corazón en todo el drama, lloró é hizo llorar á los espectadores que anhelantes la escuchaban. Reciba nuestro sincero parabien.

El señor Montaña, tambien afectado vivamente, dió estremado realce á las interesantes escenas del tercer acto, siendo tambien juntamente aplaudido y compartiendo los triunfos de la distinguida actriz.

El señor Lugar inimitable en su papel de descarado calavera, y el señor del Rio inútil es decir, que fue con repetición aplaudido, porque no tiene rival en esos característicos de la moderna comedia.

Las señoras Carrasco y Orgáz contribuyeron al éxito de una función que debemos calificar como una de las que mas han agradado en la presente temporada.

Cantaron la señora Orgáz y el señor del Rio una tonadilla que divirtió é hizo reir, y la señora Garis un aria del *Marino* que fue aplaudida, terminando la función con el sainete de *Los Novios imperfectos*, que contribuyó á amenizarla, merced á los actores que lo ejecutaron. La concurrencia fue brillante y numerosa, y la *Casa de Beneficencia*, á beneficio de la cual era la fiesta, habrá obtenido una buena ayuda para sobrellevar su filantrópico instituto.

La Mosca.

meros que se suscriban tendrán la ventaja de recibir á vuelta de correo el primer medio tomo. Para los demás suscritores se está tirando la tercera edición que estará en estado de repartirse dentro de breves dias.

De la edición de gran lujo van publicadas las dos terceras partes, y en lo sucesivo saldrán las entregas con mas celeridad. Los suscritores á esta que aun no hayan renovado el abono para el cuarto trimestre, se servirán verificarlo desde luego para no experimentar retraso en la recepción de la obra.

Se suscribe á las dos publicaciones en correos, en casa de D. Francisco Mateu Garin, de D. Juan Bautista Gimeno y de D. Casiano Mariana.

VALENCIA.

IMPRESA DE D. BENITO MONFORT, PLAZA DEL TEMPLE.